

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

DON FERNANDO DE SANDOVAL.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Cipriano Lopez-Salgado, para representarse en Madrid el año de 1852

PERSONAJES.

EL REY DON ENRIQUE IV.
DON BELTRAN DE LA CUEVA.
FERNANDO DE SANDOBAL, con el nombre de Manrique.
PERO LOPEZ DE AYALA.
DOÑA ISABEL, con el nombre de Maria.
ELENA.
FERNAN,
ARIAS Y
OTROS DOS, criados de don Beltran.
GUARDIA PRIMERO.
GUARDIA SEGUNDO.
JEFS Y SOLDADOS.

La accion pasa en el año de 1464; empieza á las nueve de la noche y concluye á las doce de la misma.

El primer acto pasa en una casa contigua al Alcázar de Segovia: los demas en el Alcázar y al pié de sus murallas.

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente adornada, al uso de la época; Puerta en el foro, otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, ELENA, de negro y con velos.

ELE. Siempre os hallo, madre mia, abismada en el dolor, sin que ni mi tierno amor pueda daros alegría. Os veo siempre gemir, siempre triste suspirar, siempre llorando un pesar que no me queréis decir. Y no sé que mas pudiera darme tormento, el saber lo que os hace padecer, que ignorarlo así. Quisiera antes la muerte, Señora, que sorprenderos así. No sé lo que siento en mi cuando vuestro pecho llora;

á mis ojos viene el llanto y entre mi dolor suspiro; mas le ahogo cuando os miro por no daros mas quebranto. Quisiera sufrir con vos vuestras penas y alegría.
ISA. Tendrás valor, hija mia?
ELE. Si, si, contadme por Dios, contadme vuestro pesar, y juntas le lloraremos... Juntas!... y tal vez podremos así un alivio encontrar.
ISA. Alivio! ángel inocente! Hay tormentos en la vida que no puede, hija querida, aun comprender tu mente.
ELE. Cuando á Segovia vinimos consuelo, madre, buscamos, dos años en ella estamos y siempre tristes vivimos. Me dáis así tanta pena! Decid qué teneis, Señora, á una hija que os adora.
ISA. Pues bien; escuchame, Elena. Yo dormí en hidalga cuna, y de flores coronaban los sueños de la niñez que una madre me velaba. Fui creciendo, y con el cuerpo fueron creciendo del alma los mundanales deseos que nunca me los cortaban. Sali al mundo, y pronto en él llevé de hermosa la palma, (nunca la hubiera llevado,) principio de unas desgracias que entonces no conocia mi juventud. Fascinada con los placeres del mundo que mi deseo alhagaban, vivi en él por cuatro lustros, y alegre por él vagaba como inquieta mariposa que apenas fija su planta en una flor, vuela á otra y á todas el jugo saca:

pero, al fin, llega la noche,
y de oscuridad cansada
busca una luz sin sosiego
en donde por fin se abrasa.
Elena mía, esa noche
llegó á mi alma; fastidiada
del monótono placer,
de aquella delicia vana
que disfrutaba hasta entonces,
y ya mi alma buscaba
placeres mas positivos
que mis deseos llenáran.
Era necesario amar,
necesario hallar un alma
á quien decirle: «Te amo,»
y oír tambien que me amaban.
Busqué ansiosa por dó quiera
esa luz, busqué esa llama,
ese amor, quise encender
mi vida ya amortiguada,
y apenas amé, Dios mio!
fuego voraz me abrasaba.
Mi alma era mas ardiente
que son de un volcan las llamas,
y se encendió mas y mas
cuando escuché que me amaban.
Hacia apenas un año
que en tu padre idolatraba.
Era una noche! aun me acuerdo!
La luna hermosa alumbraba;
ni una nube que del cielo
un punto solo ocultára;
yo á tu padre en el jardin
de mi casa le esperaba,
donde á su amor me entregué
ya por el mio abrasada.
Mas apenas al placer
cubrió el amor con sus alas,
una nube cubrió al Cielo,
negra, fatidica, airada,
rugió horrenda tempestad,
mas negra aun que la mancha
que sin pensar, ay de mí!
eché culpable en mi alma.
Desde aquella fatal noche
por dó quiera me acosaba
oscuro remordimiento
como terrible fantasma.
Pasaron así seis meses
entre temor y esperanza;
y al cabo de ellos un hijo
en mi seno alimentaba. (Llora.)

ELC. Por qué, Señora, llorais?
Yo no comprendo que haya
motivo para llorar
en lo que habeis dicho.

ISA. Nada!
Ah! es cierto, tú no puedes
comprender aun mis palabras,
que es para tí su sentido
muy oscuro, porque tu alma
es pura cual la de un ángel
en la celeste morada;
pero tal vez las que siguen
serán para tí mas claras.
Mi amante era en la Corte
de los grandes del monarca,
y aunque era noble ni cuna
á la suya no igualaba,

porque eran los Sandovalos
de las noblezas mas altas.
Pero don Diego era noble,
no tan solo por sus armas,
sino por su corazon
con el que tierno me amaba.
y maldijo una y mil veces
á su nobleza elevada:
pero al fin lleno de amor
me dió su mano en el ara.
Yo abandonando á una madre
que ciega me idolatraba,
fui á esconder mi deshonra
á una mansion retirada
donde me llevó mi esposo,
para que nadie alcanzára
á conocer nuestro enlace
que con cuidado ocultaba,
temeroso de caer
en el ódio del monarca,
encargándome que el nombre
de Isabel abandonára,
y tomase el de Leonor
por vivir mas ignorada.
Al poco tiempo fui madre,
y en un hijo retratadas
vió mi esposo sus facciones
y mas y mas me adoraba.
Al año naciste tú,
y ya tranquila gozaba
los placeres de una madre
con sus hijos estasiada,
cuando supe que la mía
habia lanzado el alma,
con el dolor de ignorar
mi fortuna ó mi desgracia.

ELC. Eso debe ser terrible;
perder á una madre!

ISA. Calla,
calla por Dios, no destrozes
mas mi pecho. Yo la amaba
con todo mi corazon;
mas fué preciso dejarla,
que aun la fuera mas terrible
el mirarme deshonrada.
Desde entonces ni un momento
fué mi suerte afortunada.
Comenzáronse las guerras
entre Castilla y Navarra,
y mi esposo fué á tomar
por el Navarro las armas,
porque enojado en Castilla
ya con el Rey se encontraba.
Y aunque mi hijo apenas
á los cinco años llegaba,
quiso llevarlo consigo.
Despues, la paz ajustada,
supe que, muerto en la guerra,
á su hijo le dejaba
por heredero de cuanto
en Aragon disfrutaba.
Y al subir Enrique al trono,
en su indulto perdonaba
á cuantos la voz siguieron
de los Reyes de Navarra,
escluyendo espresamente
á aquel hijo de mi alma,
que hoy mismo hace veinte años
que su madre no le abraza.

Veinte años! (Llora.)

ELE. Ah! Tened

en el Señor esperanza;
no os aflijais, madre mía.
Teneis una hija que os ama,
y que es todo su consuelo
el que esteis vos consolada.
Olvidad tristes recuerdos
que solo acuden al alma
para atormentarla impios.

ISA. Ah! mi corazon preságia...

No sé que funesto agüero
el alma me despedaza.
Si me acude alguna idea
que mi fantasia balaga,
el tormento como el rayo
sobre mi frente se lanza,
y la deshace cruel
como deshace en sus garras
á una tímida paloma
sobre los vientos el águila.
Y hoy, Elena, mas que nunca
nacen, brillan y se apagan
en mi mente las ideas
que mi corazon encantan,
sucedándose en tropel
el placer y la desgracia.

ELE. Olvidadlas, madre mía...

Ah! vuestra mano me abrasa,
y siento arder vuestra frente.
Qué teneis? Os sentis mala?

ISA. No, hija mía; mas quisiera
ver si un instante olvidada
la mente de estos recuerdos,
podrá descansar el alma.

ELE. Si; reconciliad el sueño
mientras vuestra hija os le guarda.

(Doña Isabel entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA II.

ELENA, sola.

Al fin secaré su llanto
y aliviaré su amargura,
porque es mucha desventura
llorar solo un infeliz,
sin que haya una mano amiga
que enjague su amargo lloro...
En tanto que á Dios imploro,
madre del alma, dormid.
Dormid mientras que yo os velo,
y en la noche solitaria
oye el cielo la plegaria
que eleva mi corazon...
Alguien se acerca. Amor mio!
Manrique, yo te olvidaba,
que á una madre consagraba
ahora toda mi pasion.

ESCENA III.

FERNANDO, ELENA.

FER. (Entrando con armadura.)

Ah! ya estoy á tu lado, hermosa mía;
que largas son las horas que se pasan
lejos del bien que el corazon adora!

ELE. Tienes razon, Manrique, son muy largas,
y yo quisiera estar siempre á tu lado.

FER. Me pareció que estabas ajitada

y llorosa tal vez; qué te sucede?

Para hacerte feliz, mi amor no basta?

ELE. Si; tan solo tu amor es mi delicia,
y sabes que sin él no quiero nada.

FER. Y tu madre, dó está?

ELE. Se ha retirado
á descansar un rato, porque estaba
desazonada y triste.

FER. (Hasta los cielos
me van robando el bien en esta estancia.)

ELE. Qué decias?

FER. Que soy muy desdichado,
porque el único bien que disfrutaba
quieren arrebatármele los cielos,
y han empezado ya.

ELE. Ni una palabra
de lo que dices puedo comprenderte.

FER. Al venir á tu casa, ¿no estrechaba
siempre en mis brazos á tu tierna madre,
y en llamarla mi madre no me holgaba?
Pues bien, mi mala suerte, no ha querido
robar ese placer hoy á mi alma?
Anuncio es este de peores males.

ELE. No lo será; tu mente acalorada
vé siempre un porvenir triste, sombrío,
sin que exista á temerlo justa causa.
Tal vez la verás luego. Di, ¿no tienes
tú tambien una madre que estasiada
te estrechará mil veces en sus brazos?

FER. Una madre! En mi suerte desgraciada
quiso el cielo que no la conociese
sino tan solo en mi primera infancia.

ELE. Tendrás un padre.

FER. Le perdí.

ELE. Dios mio!

Eso será cruel!

FER. Me despedazas,
Elena, el corazon! Sino te hé dicho,
hablando de mi suerte, jamás nada,
era por no acordar memorias tristes
que sin piedad el pecho me desgarran.
Una casualidad fué el conocerte
un dia que en la Iglesia te encontrabas;
no pude resistir á tus encantos,
Te declaré mi amor, y que me amabas
me dijiste tambien. Tu madre luego
fué de nuestro querer depositaria;
preguntasteis quien era, y mis acciones,
os dije, que serian las palabras
que, aunque mudas, mas ciertas, de conti-

nuo

á pregunta tan justa contestáran.
Convenisteis en ello, y desde entonces
gozó vuestro cariño sin que nada
á preguntar volviessis.

ELE. No, Manrique,
que tus nobles acciones nos mostraban,
y mostrándolo están, que en ese pecho
no podia encerrarse una alma baja;
y tu secreto siempre respetamos,
que razones sin duda te obligaban
para callarlo tú por tanto tiempo
á quien pruebas de amor continuo dabas.
Pero sin padres, dime, dónde vives?
Habrá de ser tu vida muy amarga!

FER. Vivo, mi bien, en lo que llaman mundo,
que es un mar de ilusiones y esperanzas
á la mente del hombre, y donde solo
halla siempre un abismo ante sus plantas.

Llora triste su suerte porque nunca con la que Dios le dá contento se halla, y sin jamás cuidarse de los medios se afana de continuo en mejorarla; mas al ir á tocar su bien futuro en bondo precipicio se arrebató.

Ay! allí no se goza ni un momento de la paz que se goza en esta estancia! Mira; á tu lado se me olvida todo, todo cuanto en el mundo mi alma pasa de pesares, de angustias, de tormentos que me acosan sin fin, sin esperanza; porque tú eres mi ángel, y este el cielo donde sosiego al fin encuentra el alma.

ELE. Oh! tan malo me pintas ese mundo que sin verlo, Manrique, ya me espanta. Di, ¿por qué si es tan malo, no le dejas y te vienes conmigo á esta morada?

FER. Ángel consolador de mis pesares! Inocente paloma! Tú no alcanzas los arcanos que al hombre, aunque no quiera, á ese mundo tan pérfido le amarran. Ah! nunca! ¡nunca penetrar intentes de ese mundo en las áridas entrañas! Destrozaria como lobo hambriento de tu inocencia la tranquila calma. Su esplendor, sus riquezas y su fausto dejan siempre la vista extasiada, y son como la flor que gusta el verla y arde el alma en deseos de cortarla; pero al ir á tocar, muere escondida la sierpe que en su tallo se enroscaba, y envenena del hombre la existencia que entre tormentos y dolor exhala. Vive! ¡vive tu aquí con tu inocencia, y no quieras jamás del mundo, nada!

ELE. Nada del mundo? ¿Pues qué, no eres tú del mundo, di? Tu mismo lo has dicho, sí. Y no quererte podré? Quieres que te olvide?

FER. No; que aunque yo en el mundo vivo, sus ilusiones maldigo y aborrezco el mundo yo. Mas qué tienes, alma mía; que me pareció mirar tu rostro aprisa enjugar? Qué te roba la alegría?

FLR. Nada, Manrique; te veo y ya estoy tranquila, vé.

FER. Luego llorabas, cierto es.

ELE. No.

FER. Elena, no te creo, dudo por primera vez de tu verdad. Has llorado y la causa has ocultado por no apenarme tal vez. Dime que el hado fatal acosa mi porvenir; dime que voy á morir á un asesino puñal; que un cadalso han levantado en el mundo para mí; que voy á morir sin ti por el tormento abrumado; que ya no me quieres mas, que eso fuera mayor pena. Dimelo, si es así, Elena;

pero no mientas jamás.

ELE. Si, Manrique! lloré, es cierto, que mentir no puedo yo.

FER. Dime la causa.

ELE. Eso no.

FER. El por qué, Elena, no acierte! Tú secretos para mí?

¿Desde cuando se ha cerrado á mi ese pecho? He soñado!...

Mas ese silencio... Si, he perdido hasta tu amor, mi esperanza, mi consuelo.

ELE. Apíadate, por el cielo, Manrique, de mi dolor. No encierro secreto mio en mi pecho, y si te cuento la causa de mi tormento, secreto ageno te fio.

FER. Secreto ageno, y de quién? ¿Alguno que no sea yo esta estancia penetró? O sabes mentir también? Qué es, dime, de tu virtud? Ah! ya manchada la veo.

ELE. Está pura.

FER. No te creo.

ELE. Te lo juro por la cruz!

FER. ¿Pues qué razon puede haber que tus lágrimas demande?

ELE. Una, Manrique, y muy grande.

FER. Pues bien, la quiero saber.

ELE. Es secreto de mi madre, y yo le debo guardar.

FER. (Con enojo.) Eso es ya mucho engañar. Mas lo que mejor te cuadre; ó perder mi corazon, aunque yo sepa morir, ó ese secreto decir Lo oiste?

ECR. Por compasion!

¿Quieres que falte perjurá de una madre á la obediencia?

FER. Por Dios que ya mi paciencia por lo que veo se apura. O lo dices, ó me voy.

ELE. Bien; mas no dirás de mí jamás que perjurá fui, que por tu culpa lo soy.

FER. Acaba pronto.

ELE. Lloraba con mi madre...

FER. Bien, por qué?

ELE. Ella á su hijo, y yo... no sé, y yo á mi hermano lloraba.

FER. Hermano tú? ¿Pues jamás de tal hermano os oí. Te estás burlando de mí? Eso es mentir por demas.

ELE. Mentir yo; pues que te empeñas sera fuerza que lo diga; pero mira que me obliga la ira en que te despeñas. Hallé á mi madre llorosa, cual muchas veces solia; qué turbaba su alegría yo la pregunté afanosa; y dijóme: que ha veinte años que mi padre la dejó, porque á Navarra marchó

á vengar del Rey los daños que el de Castilla le hiciera, y que consigo llevo otro hijo que nació (*Fernando hace un movimiento y escucha con suma atencion.*) antes de que yo naciera.

FER. (*con interés.*) Veinte años! Eso es cierto?

ELE. Así mi madre lo dijo.

FER. Supo del padre ó del hijo?

ELE. Dijo que mi padre muerto fué...

FER. No miente tu memoria?

ELE. No; por qué?

FER. Sigue por Dios,

porque creo que á los dos nos interesa esa historia.

ELE. Dijo... (*Elena oye con atencion: se advierte un ligero ruido en el que Fernando no repara.*)

FER. Sigue.

ESCENA IV.

Dichos, FERNAN; ARIAS y OTROS DOS cubiertos con los bozos.

FERNAN. (*Desde la puerta y van entrando con espacio. Aquí están;*

mas está un hombre con ella.

ARIAS. Dime, es esa la bella?

La conoces tú, Fernan?

FER. (*A Elena*) Sigues?

ELE. Dijo... (*Repara en los encubiertos, dá un grito y se acoge á Fernando.*)

Ah!

FER. Qué pena? (*Repara en los encubiertos, y él se cubre con la celada.*)

Quién vá? Atrás, ó vive el Cielo que habrá de morder el suelo el que dé un paso! Di, Elena, por tu vida, quiénes son esos hombres?... Pronto, dílo, tú lo sabes. Intranquilo se hallaba tu corazon.

Y esta es la causa, perjura!

ELE. Manrique! (*Sigue agarrada de Fernando*)

FER. (*A los encubiertos*) Quién sois, decid.

FERNAN. Os lo diremos; oid y escusad una aventura.

En busca de esa doncella

ba sido nuestra venida, paciencia si es tu querida, que otro la ama por muy bella.

Y llegamos ahora mismo á robarla nada mas.

FER. Antes de hacerlo, quizás

(*sacando la espada*)

os hundiré en el abismo.

FERNAN. (*El y los demas sacan las espadas y atacan á Fernando, este se defiende.*)

Insensato, á morir vá.

ELE. Socorro! Socorro!

FERNAN. A él.

ARIAS. (*Pasa por detrás de Fernando y coje á Elena que cae desmayada en sus brazos. Los demas desarmán á Fernando y se apoderan de él.*)
Ya es nuestra.

FER. Suerte cruel!

Venga ahora la muerte!

ISA. (*Sale precipitadamente del cuarto donde en-*

tró: al salir de la puerta dá un grito y cae arrojada)

llada)

Ah!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio; una puerta en el foro con hojas; otra á la derecha, dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON BELTRAN DE LA CUEVA.

REY. Estais, por Dios Santo, terrible, la Cueva, con vuestra mania; dejad tanto empeño.

Aprecio no obstante muy bien esa nueva: mas ved que os engañan; creedme, eso es sucho.

BEL. No es suño; dudaislo? Creedme, señor. Descuido tan grande pudiera perderos.

REY. Hablad de mi hermosa, hablad de mi amor, y echad al olvido cuentos de embusteros.

Villena! imposible! Por qué conspirar?

BEL. Señor, porque quiere ser solo en la corte, Solo en vuestra gracia, y en todos mandar.

REY. Conmigo á qué causa tener tan mal porte? Os ciega, sin duda, Beltran, vuestro enojo.

Si yo para tanto motivo no he dado,

por qué temer nada? Callad vuestro antojo, que creo sin duda que estais mal hallado

con esos, que tanto quereis sin motivo

que yo de mi corte destierre. Decid, no os basta mi gracia, Beltran? Por Dios vivo

que yo creer no puedo tamaño deslido...

En fin, ya comprendo por qué al de Villena quereis que sin causa le aleje de mi;

Guardad los consejos, que me causa pena por Dios el oiros hablar de él asi.

Que sois enemigos, Beltran, no se esconde, que asad, vuestra saña lo dice: mas ved

de hablarme de Elena. Supisteis en donde vivia esa hermosa que es linda pardiez.

(*el Rey repara en don Beltran que estará distraido y dice sonriéndose.*)

Pensais en Villena? Odiaisle!

BEL. Señor,

si asi mis consejos teneis por nacidos

de causa tamaña.

REY. No creo es mejor.

BEL. Cerrad á mis voces, señor los oidos; mas ved si hay un grande de vuestro palacio

que no hable lo mismo; oidlos, vereis.

REY. Dejad esa causa para mas despacio

Decidme, de Elena, Beltran, qué sabeis?

BEL. Contigua al alcázar su casa se encuentra,

y pronto sin duda vereisla.

REY. Os mofais?

BEL. Tal vez por las puertas de palacio ya entra, que ya la ha rubado Fernan.

REY. Necio estais.

Cesad ya de engaños, Beltran, que de veras que tal desacato me causa ya á fé.

Estais inventando mil necias quimeras,

y que es por mofaros de mi, creeré.

BEL. Os digo que supe, señor, su morada,

que está del alcázar seis pasos lo mas.

Traté cual digis-teis, traerla engañada,

que fuera imposible lograrlo jamas.

REY. Y bien; no he mandado que al fin si es preciso

la fuerza se emplee? Lo oisteis, Beltran?
Por Dios que en decirlo no andube conciso.

BEL. Pues ya os lo he dicho, robóla Fernan.
Mas aun no han llegado.

REY. Seis pasos tan solo
vivir, y no llegan? No entiendo, por Dios.
O piensan llevarla del uno á otro polo?
Mirad si es que acaso lo haceis mejor vos,
que vuestros criados caminan despacio,
y estoy intranquilo por verla.

BEL. Es que no
creí fuese bueno que entrara en palacio
tan pronto.

REY. Y qué tengo con el pueblo yo?
Sin duda por eso decís?...

BEL. Por demas
es bueno el sigilo, que dar mal ejemplo
un rey de Castilla no debe jamás.

REY. Asaz comedido, Beltran, os contemplo.

BEL. Señor...

REY. Bien; decidme, quién fué el encagado
de traerme esa hermosa, que la amo, os lo
juro,

BEL. Fernan mi criado
con tres de los otros.

REY. Beltran, y es seguro?

BEL. Llegó ya uno de ellos diciendo: que luego
que á casa de Elena los cuatro llegaron,
la hallaron con uno que asaz quiso ciego
al raptó oponerse.

REY. Y bien.

BEL. Desarmaron
su furia al instante, y, á Elena tomando,
ligeros corceles llevaronles presto
tejos de la casa, mil calles variando.
Y creo que acaso ya lleguen. Solo esto
yo puedo deciros.

REY. Y el hombre que estaba
con ella?

BEL. En saliendo, dejaronle libre;
siguiólos un rato; mas vió que afanaba
en valde y paróse.

REY. Rival! Dios le libre
que llegue á encontrarle; por Dios mal hi-
cieron

dejarlo. Sin duda seria su amante.
Y le han conocido?

BEL. Su nombre si oyeron;
mas le han olvidado.

REY. Lo siento. Al instante
que llegue esa hermosa, entradla. Y espero
que al punto al que estaba con ella busqueis.

BEL. Se hará. Mas hablaros, señor, de otro quiero
no mas un momento.

REY. Bien, luego hablareis.
(haciendo una seña para que se vaya; vase.)

ESCENA II.

EL REY.

Que afan contra el Villena
porque le aleje de mí,
cuando en su lealtad no vi
accion que merezca pena!
Ahora en temores vanos
quiero mi atencion poner,

espuesto á que una muger
se me vaya entre las manos.

Goze yo de su hermosura,
que ya veremos despues
si lo de Villena es
de Beltran una locura.

Acaso teme perder
por el otro su pribanza,
y el temor y la esperanza
le hacen tales cosas ver.

No... Villena conspirar
contra su rey?... Es mentira.

Vaya, este Beltran delira!...

Pues dejarle delirar.
Piense yo en Elena ahora,

en esa hermosa muger,
que todos han de saber
que su monarca la adora.

He visto mugeres bellas,
cuyos ojos brilladores
lanzaban mas resplandores

que la luz de las estrellas.
Rostros lánguidos, hermosos,

donde la luz de los rayos
reflejaban en desmayos

de su hermosura envidiosos:
mugeres donde la luna

podiera envidiar la calma;
ese encanto que habla al alma:

mas como Elena, ninguna.
Si no ha mentido Beltran

pronto sabrá mi pasion...
Ruido siento... el corazon

me dice ya que aqui están.

ESCENA III.

DON BELTRAN, ELENA, EL REY; despues el Rey y Elena solos.

BEL (entra por la puerta del foro con Elena, y se
vá por la de la izquierda.)

Entrad, señora, que ahí
vuestro monarca os espera. (vase.)

REY. Ella es; mas hechicera
cada dia para mí!

ELR. (entra precipitadamente y se arroja á los pies
del Rey.)

Ah señor! Si existe en vos
el amor de hijo y de padre,

volvedme pronto á mi madre,
os lo suplicó por Dios!

Si sabeis lo que es perder
de una madre los halagos,

y entre mil suspiros vagos
lejos de ella perecer,

apiadaos, por el cielo,
de una madre y de su hija.

REY. (alzando á Elena.) Elena, nada te aña;
óyeme y alza del suelo.

Serénate.

ELE. (mirando en derredor.) Dónde estoy!

REY. Tranquilizaos.

ELE. Jamás.

REY. Sabe que en palacio estás
y yo el rey de España soy.

ELR. El rey vos?... No, no, mentira;
el nombre del rey tomáis,

y su decoro ultrajáis.
REY. Si, el rey es quien delira,

Elena, por tu hermosura,
si, el rey es quien te adora. (*Elena solloza.*)
Angel de los cielos, llora
para aumentar mi locura.
Derrama en tu faz hermosa
perlas de plata y azul,
que no las ha en Stambul
la huri mas orgullosa.

Haz tu faz mas hechicera
con tu llanto, angel de amor.

ELE. Dejadme, por mi dolor!

REY. Pretendes que tu rey muera?

Pide, hermosa de mis ojos
riquezas, placer, honores,
y te darán mis amores
cuanto pidan tus antojos.

ELE. Basta, señor, es en vano
vuestro empeño, si por Dios,
no pueden ser para vos
ni mi pasión ni mi mano.

Hace tiempo que empeñé
el juramento de amar,
á quien no debo faltar
á mi palabra y mi fé.

REY. No viertas sin esperanza
celos en mi corazon,
que al fin mensageros son
los celos de la venganza.
No bagas con esa entereza
tan estraña, por tu mal,
que entregue de mi rival
al verdugo la cabeza.

ELE. Oh! Señor, piedad, piedad!

REY. (Quién se acerca aqui imprudente?)

(*se oye ruido.*)

Entrad ahí.

(*á Elena señalándola el cuarto de la izquierda mas próximo al espectador.*)

(*Viene gente!*)

ELE. Señor... no! (*en acción suplicante.*)

REY. Vamos, entrad.

(*Elena entra en el cuarto, al tiempo que Fernando entra por la puerta del foro, de suerte que la vé por detrás.*)

ESCENA IV.

FERNANDO el REY.

FER. (Cielos! ¿me engañais, ó es ella?..
(*desde la entrada de la puerta.*)

Aquel traje... Ah! no creo...
Mas si es cierto lo que veo,
podrá haber mas negra estrella?
Que al mismo que es mi tirano
y me roba mi consuelo,
ha de pretender el cielo
que le defienda mi mano?)

REY. Quién sois que hasta aqui os entráis,
y del Rey sin el permiso?

(*Fernando hasta el fin de la escena dirigirá miradas al cuarto donde entró Elena, de modo que manifieste su agitacion por tener que defender al Rey, estando ya celoso de él.*)

FER. Entrar así fué preciso
porque en peligro os hallais,
y yo con obligacion
de la vida defenderos.
Villena viene á prenderos
de otros muchos en union,

y yo os vengo á aconsejar
que os retireis, mientras tengo
su atrevimiento. Os prevengo
que os debéis retirar.

REY. Y quién sois que así tomáis
mi defensa? (Muerto estoy!)

FER. No os importa quien yo soy;
lo que importa es que os vayais.

REY. (Bien me decía Beltran!)

FER. No vacileis un momento,
porque ya sus pasos siento.

(*desde aqui la escena irá un poco agitada.*)

REY. (Apenas creerlo puedo.)

FER. (Esta puerta cerraré,
(*cerrando la puerta del foro.*)

y luego el cuarto veré
si solo un momento quedo.)

(*al volver la cabeza, repara en el Rey y dice.*)

Aun no os vais? Pues qué, no ois
de los rebeldes el paso?

(*se oye un confuso ruido.*)

REY. Es aun el ruido escaso

(*el Rey dirigirá tambien miradas al cuarto donde está Elena.*)

y dudo lo que decís.

FER. Rey Enrique, huid os digo,
que ya escucho sus aceros...

Por tener que defenderos
tal vez mi suerte maldigo.
No dudeis de la verdad.

Acaso enemigo soy
vuestro, pero ahora estoy
á defenderos; marchad.

(*se oyen golpes á la puerta del foro.*)

Temerario, no escucháis
que para aqui penetrar
quieren la puerta arrojar?

(*El Rey vá á entrar por la puerta por donde entró Elena, Fernando se lo impide y le dice señalándole la que está inmediata.*)

Mejor por esa otra vais
que conduce al fuerte.

REY. Cielos!

tener que huir! (*vase.*)

ESCENA V.

FERNANDO solo, despues el REY y DON BELTRAN.

(*Fernando dirigiendose al cuarto donde Elena entró.*)

FER. Mientras que

vencen la puerta, veré
de satisfacer mis celos.

(*cuando vá á llegar al cuarto, vuelve el Rey con don Beltran.*)

REY. Beltran, la tropa buscad
que el fuerte guarda, y prudente
ese murmullo insolente
al momento disipad.

FER. (Otra vez el Rey aqui,
y Beltran viene con él.)

La voz de un vasallo fiel
despreciais, monarca, así?
Don Beltran, llevad al Rey
y guardaos tambien vos,
porque Villena á los dos
os busca, y su infame grey
quiere las puertas forzar
que yo prudente he cerrado.
Marchad; queda á mi cuidado

sus tramas desbaratar.

BEL. Desoisteis mis razones,
y ahora, señor, vereis...

REV. Bien; mi guardia buscareis
y dejaos de aprensiones.

BEL. Su persona salvad, cielos! (*saliendo.*)

ESCENA VI.

FERNANDO. *el REY, despues DON BELTRAN con los guardias. Al fin de la escena, cuando abren los guardias del Rey la puerta del foro, aparecen los conjurados y al ver al Rey huyen.*

FER. Temerario estais por Dios,
rey Enrique.

REV. Y quién sois vos?

FER. (No puedo mas con mis celos!)
(*se dirige al cuarto de Elena.*)

REV. Dónde vais?

FER. (*se para un momento.*) A ver si aqui
podreis seguro evitar
el que os puedan apresar
si arrojan las puertas.

REV. (*yendo hácia el cuarto.*) Si,
cerrada esa, no hay temor.
Ahí mi guardia esperaré.

FER. Antes, señor, yo veré... (*interponiéndose.*)

REV. No entreis os mando.

FER. (Oh furor!
Todo mi sospecha aumenta.)

Entraré, si, mal que os pese.

REV. Cómo? Que lenguaje es ese?

FER. Ois? El ruido acrecienta, (*reprimiéndose.*)
y salvaros es preciso.

REV. Mis guardias no tardan ya.
Aqui el Rey esperará
ya que la suerte lo quiso.

FER. Ah! no hay duda, era ella!

BEL. Señor! (*con los guardias.*)

REV. Las puertas abrid.

CONJURADOS. Los guardias! (*huyendo.*)

REV. (*marchando hácia la puerta.*) Pronto, seguid.

FER. (Waldiga el cielo mi estrella!) (*saliendo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto anterior. Habrá un reclinatorio con un crucifijo.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, *saliendo del cuarto donde entró en el acto anterior.*

Ah! qué tormento, Dios mio!

Dónde estoy? Otra vez vi

(*mirando en torno suyo.*)

estas paredes? Si, si!..

Ah! ya recuerdo... aquel frio...

Un desmayo!... No es soñar!...

Aqui un hombre. . . Eterno Dios!

(*cae arrodillada*)

volvedme á mi madre vos

que no hará sino llorar;

llorar á su hija adorada

que era su alma, su vida,

y ya la llora perdida

y al rigor abandonada.

Libradme de estos tiranos
que sin temer vuestro enojo,

atropellan á su antojo
la virtud con torpes manos.

Ayudadme á defender
contra su insano furor,

porque yo no soy, Señor,
mas que una débil muger.

Sin mas amparo en el mundo
que el de vos, en la pendiente

que lanza rápidamente
á un abismo profundo.

Tended, Señor, vuestra mano;
y sostenedme con ella,

que débil nave se estrella
del mar al furor insano;

si el piloto en la tormenta
la abandona al recio viento,

mas á uno y otro elemento
los vence si hacerlo intenta.

Nave somos en el mundo
y nuestro piloto vos!

Dirigid á esta, mi Dios,
que acosa un viento iracundo!

ESCENA II.

AYALA, ELENA. (*Ayala viene por la puerta del foro cubierto con el embozo.*)

AYA. (Aqui precisamente he de encontrarla.

Si, no hay duda, era ella, que aunque apenas
pudo un momento el rostro divisarla,

yo no sé qué placer senti en mis venas;
el corazon latia violento,

y no cesó la vista de seguilla.

No hay para tal violencia sufrimiento.

Que tal haga un monarca de Castilla!

Si la encuentro, por Dios, que he de salvarla;

y por ella morir si es necesario;

del poder del tirano he de arrancarla,

que su inocencia ultraja temerario ..

Mas... qué veo? Ella es! Desventurada!

En amargo dolor su suerte llora,

su faz entre las manos sepultada;

mas yo la salvaré.) Valor, señora.

(*acercándose.*)

ELE. Valor! Ay! (*levantándose, repara en Ayala.*)

AYA. No temais, que á protejeros
sin duda aqui el eterno me dirige.

ELE. Dios de bondad!

AYA. Yo vengo á sustraeros
del poder del tirano que os affige,
si os confiáis á mi.

ELR. Y qué os obliga
á tomar de una triste la defensa?

AYA. Señora, dispensad que no os lo diga.
(*Elena queda como suspendida.*)

Habeis quedado á mi ofrecer suspensa?

En mi os podeis fiar, que yo á llevaros

estoy pronto, señora, á donde os plazca.

porque mi único objeto ahora es salvaros;

y tal vez cuando vuestro bien renazca

podreis saber por qué os he defendido,

porque ahora no es tiempo.

ELE. ¿Por ventura

engañarme de nuevo han pretendido?

Yo el consuelo hallaré en la sepultura,

Dejad, dejad á una infeliz que muera

sin mas tormentos ya.

AYA. (La hace su lloro aun mas encantadora!) Quien pudiera de mi verdad mostraros el tesoro.

ELE. Y qué motivo os mueve en mi servicio? Vuestro nombre cuál es? Por qué encubiertlo permanecéis así? Vuestro artificio os desmiente de mas.

AYA. Señora, es cierto; mas yo soy en palacio conocido, y si alguno con vos aqui me viera se habia mi esperanza ya perdido, y salvaros por fin no consiguiera.

ELE. Y que os puede impedir ahora, decirme, qué en mi servicio os mueve?

AYA. Bien, Señora, será fuerza que al fin habeis de oirme lo que aun de deciros no era hora.

Una hermosa mañana en que cansado un hombre de la Corte, paseaba por el florido campo; extasiado, y su mente fantástica gozaba en contemplar de las nacientes flores el primoroso esmalte y hermosura, de nacarada aurora los albores, de la nevada sierra la blancura, en donde el padre de la luz vertiendo torrentes mil de plateados rayos, los reflejaba, al parecer, finjiendo ya placer, ya dolor y ya desmayos, y el rocío que en perlas brilladoras en los rosas aurora le lloraba, y, en fin, bellezas mil encantadoras naturaleza pròvida ostentaba; al pie de hermosa y cristalina fuente que mansa de la tierra se destila, y se derrama en trenzas su corriente en el verdor por donde vá tranquila, estaba una muger... un ángel era el hombre la miró, y, pluguiera al Cielo! que visto el infeliz nunca la hubiera, si ha de llorar al fin su desconsuelo! Era mas bella que las mismas flores, mas que el sol en los brazos de la Aurora.

En torno suyo derramando amores aun mas que perlas el rocío llora. Eran sus labios de color de fuego, sus ojos como el sol en el oriente, cuyos ardores abrasaban luego, alta y serena su espaciosa frente, de alabastro su mano torneada, sus mejillas de pùrpura y armiño que envidiaba la aorora nacarada, blanda su risa cual de tierno niño... Escusado es deciros ya, señora, quién era la muger... y era el hombre... Pero Lopez de Ayala que os adora, (arrojándose á sus pies)

Desde entonces, mi bien... Sabeis mi nombre;

sabeis mi amor, que causa mi desvelo, y aunque mi corazon no os adorára, aun espuesta mi vida, sabe el cielo que á costa de mi vida os libertára. Creedme... Huid de esta mansion terrible, terrible para vos. Si un solo dia permanecéis en ella, idea horrible! Oh! de vuestra inocencia, qué sería?

ELE. No; dejadme! dejadme!

AYA. Bien pudiera donde mandeis llevaros. Un momento no vacileis, mi bien

ELE. (Yo bien quisiera... Pero no...) Moriré! Si! qué tormento! Ah!

AYA. Yo no os pido en recompensa nada.

(alzándose.)

Solo quiero miraros ser dichosa; poder por vos desenvainar mi espada.

ELE. (Ah! que lucha, Señor, tan horrorosa!) Ayala, me habeis dicho, es vuestro nombre?

AYA. Sí... mas por qué?

ELE. Decidme; ¿sois amigo, ó por ventura conoceis á un hombre?..

(Se queda como pensativa)

AYA. Decid, Señora, á quién?

ELE. Ah! no lo digo.

AYA. Mi vida, por qué no? Decid su nombre.

ELE. No, no, que dijo el Rey, que si le hallára, que si una vez quién es saber pudiera, sin compasion la vida le quitára; al menos viva él ya que yo muera.

AYA. Me destrozais el corazon, bien mio! Os miro al borde de un abismo eterno y despreciáis, en triste desvario, el amparo que en mi os dá el Eterno.

ELE. Vos teneis un amigo que os adora?

AYA. Uno tan solo... ¿pero no comprendo por qué me haceis esa pregunta ahora? Hablad, que por mi vida no os entiendo.

ELE. Bien, se llama?

AYA. Manrique.

ELE. ¿No os ha dado de su amor una prueba?

AYA. Era bastante su palabra, qué mas?

ELE. ¿No os ha entregado otra cosa tambien?

AYA. (Sacando un anillo del dedo.) Este diamante; en él está su nombre con el mio; y por Manrique yo diera mi vida. Miradle aqui, le conoceis?

(La presenta el anillo.)

ELE. (Mirándole.) (Dios mio! él es.) Nunca os habló de su querida?

AYA. Siempre, porque en su pecho está grabada con aquel fuego del amor mas puro, y solo conmigo habla de su amada.

ELE. Y nunca os la enseñó?

AYA. Nunca, os lo juro...

ni sabia que fueseis vos, Elena; mas ya de ello habeis dado indicios claros. Si quise antes romper vuestra cadena, tengo aun mas empeño ahora en salvaros. Si de mi os dió Manrique, como veo, noticia ya, no dudo que conmigo saldreis de esta mansion, Elena.

ELE. Os creo,

Ayala, de Manrique fiel amigo. Sé que contra los moros en batalla la vida le salvasteis, y no dudo que á quien le ama tambien sabreis salvalla, porque vileza en vos haber no pudo. Huyamos, y á una madre desgraciada la llevaréis su único consuelo. ¡Pedirá la infeliz, desventurada con amargo dolor su hija al cielo! Ya no dudo de vos, que muchas veces

á Manrique le ví, con alegría,
elogiar vuestro honor. ¡Ah ya mis preces
los cielos escucharon, madre mia!

AYA. Doy, Elena, mil gracias á los cielos
que han querido por fin que se me crea.
Veré recompensados mis desvelos
cuando en los brazos de mi amigo os vea.

ELE. Si; huyamos

AYA. Ahora no es posible,
que en el alcázar anda aun la gente,
y ademas, por aqui fuera imposible
porque el paso intentar fuera imprudente.
Vereis en ese cuarto una puerta
que á una oculta escalera ha de llevaros,
mas abajo dareis con otra abierta
donde á las once yo podré esperaros.
Al pie de la ventana que dá al muro
tres palmadas oireis, que repetidas
serán por vos, y asi podré seguro
sacaros del horror de estas guaridas.
El detenerme mas fuera imprudencia;
que ya parece siento aqui pisadas.
A Dios.

ELE. A Dios!

AYA. Serenidad, paciencia.
No lo olvideis, Elena; tres palmadas. (*vase.*)

ESCENA III.

ELENA, despues FERNANDO; al fin EL REY.

Dios de bondad, amparadme
es tan arriesgado paso!
Ah! mi valor es escaso.
Espero en vos, ayudadme.

FER. (*por el foro.*) Al fin de la turba huí.
Vive Dios que he de buscarla,
y no parar hasta hallarla,
que en esta estancia la vi. (*viendo á Elena.*)
No es aquella? Elena?

ELE. (*Arrojándose en los brazos de Fernando*) Ah!
Manrique, huyamos, huyamos.

FER. Aguardad. (*Separándola, y con frialdad.*)

ELE. Mira que estamos
donde nuestra muerte está.
Si, si.

FER. (*siempre con frialdad.*) Siempre la tenemos
es nuestro redor, Elena;
mas no es sustancia terrena
y por eso no la vemos.

ELE. Manrique!

FER. Decid primero
quién os trajo, Elena, aquí,
que á juzgar por lo que vi
que lo sabiais infiero;
y en callarlo ¡vive Dios
que habeis probado, muy bien,
que erais gustosa tambien
ó que lo quisisteis vos!

ELE. Yo? cielos! ¿Y asi has podido
dudar de mí fê? (*Llora.*)

FER. Señora,
no prueba nada el que llora.
Vos nunca me habeis querido,
es cierto; y ya no podeis
vuestro crimen ocultar,
y tan solo con llorar
engañarme pretendéis.
Guardad en buen hora el lloro
para otro que mas le crea.

ELE. Qué tal mi desdicha sea!

No te amo... es verdad... te adoro. (*Llora y se cubre el rostro con el pañuelo, mientras Fernando recita los siguientes versos.*)

FER. ¿Tan negra es, cielos, mi estrella
que cuando encontrar creí
la hermana, donde perdí
la amante, he de ver en ella
de negra mancha el borron?
¡Vive Dios, que si tal fuese,
en el vil pecho la hundiese
la espada sin compasion!
Hermana ó amante, cielos,
si tal quiso ha de morir,
que no pudiera sufrir
de cualquier modo mis celos.
Vengar los de honor es bella
y accion noble ante la ley,
y aunque fuera al mismo rey
le mataria con ella.

ELE. Manrique! (*Mirándole.*)

FER. Por el Señor (*señalando al crucifijo que está sobre la mesa.*)

en la santa cruz clavado,
juraiis que no habeis hablado
al monarca con amor;
que cuando á buscaros fueron
lo ignorabais? Que jamás
os habló el Rey? Y ademas,
que aqui á la fuerza os trajeron?

ELE. Si lo juró! Y vos, Dios mio, (*arrodillándose.*)
que mi inocencia sabeis,
¿por qué no la defendeis
puesto que habeis poderio?

FER. Te creo, que si engañara *alzándola.*)
tu labio y ahora mintiera...
no, Dios no lo consintiera
porque él mismo te matara.
Rey Enrique, vive Dios
que si á su honor has tocado,
por Cristo crucificado
morirá uno de los dos;
que si un juramento á mi
de servirte me exigieron,
tambien mi honor me dijeron
que lo prefiriese á ti.
Dime, Elena, el Rey te vió?
Ha ultrajado tu virtud?
No me niegues, por la cruz,
cuanto aqui te digo, no.

ELE. Uno, que dijo era el rey,
aqui á mis plantas le vi;
que me rendia, le oí,
corona, estados y ley.

FER. (Aunque á servirte me obligue
un juramento sagrado,
Rey imbécil, desgraciado
de ti si la hollaste.) (*Á Elena.*) Sigue.

ELE. Mas, despreciándole yo,
en mi socorro llamé,
y tu nombre pronuncié
cuando ruido se sintió.
Me hizo á ese cuarto entrar
donde cai desmayada,
sin que su torpe pisada
volviese aqui á resonar.

FER. (Dá, Enrique, gracias al cielo
(*Como echando de sí un pesar.*)
que despues tus pasos vi,

que sino, dieras aquí
tu vida por mi recelo.)

Bien, mi vida, acaba hora
la historia que comenzaste
en tu casa, y no acabaste.

ELE. Dudas que mi alma te adora?

FER. No, ángel mío, ya te creo;
pero acaba por mi vida
esa historia, mi querida,
que tanto saber deseo.

De tu hermano habeis sabido?

ELE. Dijo mi madre, que, dando
un indulto, perdonando
el Rey á los que habian sido
de Navarra defensores,
á mi hermano señaló
entre algunos que eseluyó
por rebeldes ó traidores.

FER. *Hace un movimiento de desagrado, y lleva involuntariamente la mano al puñal, momento de pausa, despues de la que dice á Elena.*

Dieras por verle... *(desde aquí Fernando manifestará grande agitacion.)*

ELE. Daré
la mitad de tu cariño.

FER. Conociérasle?

ELE. Era un niño
cuando de él me separé.

FER. Ninguna señal pudiera
mostrártele?

ELE. No quizás,
porque no la oí jamás
á madre que la tuviera.

FER. ¿Tiene además otro nombre
tu madre que el de María? *(Se oye un ligero ruido al que Elena presta atencion.)*

ELE. Isabel. *(Mirando á la puerta del foro con temor.)*

FER. *(con el mayor entusiasmo abre los brazos para abrazar á Elena.)*
Elena mia!

ELE. Manrique! Manrique! un hombre!
(Vé al Rey que llega á la puerta; este retrocede y queda escuchando hasta el fin de la Escena. Elena se arroja asustada en los brazos de Fernando.)

FER. Elena, no temas nada,
y estrecháme con tus brazos;
no temas del Rey los lazos,
que está conmigo mi espada,
y por Dios que es muy de ley.
Calma, hermosa, tu llorar,
que no te osará tocar
de Dios abajo, ni el Rey.

ELE. Ah! mira, puedo salir
esta noche de palacio
con silencio, y con espacio
sin que me puedan oír.
Una escala en ese cuarto.

(Señalando al cuarto donde la hizo entrar el Rey; este asoma por la puerta del foro, y mira hacia donde señala Elena y vuelve á esconderse.)

ó una puerta que dá al muro
conduce, y así en seguro
podemos huir.

FER. No parto
de aquí sin ti.

ELE. Si te balláran,
conmigo en palacio, cielos!
por satisfacer los celos

del Rey, aquí te matáran. *(Se oye el ruido de los guardias del Rey que se van acercando.)*

Hoye!

FER. Salgamos los dos. *(Vanse por la puerta de la derecha.)*

ESCENA IV.

EL REY, GUARDIAS; FERNANDO y ELENA fuera.

REY. Mis guardias, pronto alcanzad
á quien va por ahí; marchad,
y matadlo, vive Dios. *(Vanse los guardias por donde salieron Fernando y Elena.)*

Ya te hallas en mi poder,
amante desventurado;
por eso era tu cuidado
en venirme á defender;
mas, pronto, por Dios, caiste.

Para tu intento alcanzar,
por lo que veo, á juzgar
no muy prudente andoviste.

FER. Asesinos, temblareis *(fuera.)*
á los golpes de mi acero.

ELE. Piedad! piedad! Ah! yo muero. *(fuera.)*

GUAR. 1.º Aquí esta mujer tenéis.
(Trae á Elena.)

REY. Y el hombre que la llevaba?

GUAR. 1.º El prenderlo fué imposible;
le hacian inaccesible
los golpes que descargaba.
Vanle los demas siguiendo,
que, á pesar de su valor,
tambien lo acosan, Señor,
que no se escapará entiendo.

ELE. Piedad! piedad! *(á los pies del Rey.)*

GUAR. 2.º No bastára *(entrando.)*

con tal valor en la lid,
toda la fuerza del Cid
si al mundo resucitára.
Apenas se vió quitar
la mujer que le seguia,
tan bien la espada blandia
que hubimos de retirar;
y aun hasta aquí penetrára,
y contra vos la blandiera,
si yo en tan recia quimera
una puerta no cerrára.

REY. Y así me lo decis vos? *(colérico.)*
Cobarde! he de castigaros.

GUAR. 2.º Yo lo hice por libertaros
de su furor.

REY. *(A los guardias)* Id con Dios. *(Vanse.)*
Y vos, Elena, os entrad
en ese cuarto. *(Señalando al de antes.)*

ELE. *(yendo al cuarto.)* Si haré,
que así, cielos, burlaré
de este hombre la impiedad. *(Vase.)*

ESCENA V.

EL REY, despues, DON BELTRAN.

REY. *(Recordando.)* Esta noche al muro... bien...
En ese cuarto se queda,
que antes que marcharse pueda,
iremos allá tambien.

Y allí no se ha de escapar
por mas que sea su valor.

BEL. A los rebeldes, Señor,

(Entrando con un papel.)

pude este papel quitar.

REY. Y qué dice ese papel?

BEL. Que os ha de prender Villena, quejoso de que no hay pena para ese moro cruel que nuestra frontera lala. Que cargos y magistrados son por dinero entregados aquí...

REY. La razon no es mala. (con indiferencia y despues sigue sin atender á Don Beltran.)

BEL. Que la princesa es habida de adullerío, y que ha de ser, segun de ellos parecer, de heredaros escludida. No me ois? (reparando en la distraccion del Rey.)

Os dictan leyes.

REY. Dejadles con su locura.

BEL. ¿Podrá haber mas desventura para un reino, que estos reyes que solo piensan saciar sus caprichos, descuidando el bien del reino? ¿Hasta cuando pensais de ese modo obrar?

REY. Beltran, despues hablaremos. Os vais conmigo á venir, que tenemos que salir.

BEL. (A alguna aventura iremos.)

REY. A mis guardias mandareis que se armen.

BEL. (Quiera Dios los vaya á prender!)

REY. Y vos tambien armas tomareis.

BEL. Lo haré, Señor; ahora mismo. (Vase.)

REY. Porque asi le cojeré esta noche, y le hundiré para siempre en el abismo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Vista exterior del Alcázar de Segovia, con una reja en uno de los castilletes; debajo una puerta pequeña y de arco. Monte en lo mas lejano. Efecto de luna, la que se verá por encima de las montañas.

ESCENA PRIMERA.

AYALA; despues, ELENA, en la reja.

AYA. Nada se vé, aunque refleja (mirando á la reja.)

sus rayos la blanca luna en todo el muro. Ninguna persona se vé en la reja. Mil veces feliz seré si logro al fin libertar á Elena, y con ella dar prueba á un amigo, que amé su dicha antes que la mia.

ELE. Ya todo en silencio está; (en la reja.) mas aquí la luna dá clara como el sol del dia, y estiende por todo el muro sus rayos para mi mal. Cielos! ¡como un criminal

he de apeteecer lo oscuro!

¿Cuáles mis delitos son para tal pena? Ay de mí! (suspirando.)

AYA. Suspirar sin duda oi ó me engaña el corazon. (Dá tres palmadas y Elena contesta lo mismo.)

Señora, ánimo, bajad, que ya os espero.

ELE. Dios mio! (Mirando al cielo.)

Ayudadme; en vos me fio. Ya bajo, Ayala; esperad. (A Ayala y se retira de la reja.)

(Saca una llave y abre la puerta que se halla debajo de la reja, entra por ella, y despues de un momento sale con Elena diciéndola.)

AYA. ¿Aquí os quereis detener sin juzgar que pasarian las rondas, y nos verian? Elena, no puede ser.

ELE. Aquí Manrique vendrá y yo esperarle quisiera.

AYA. Señora, esponernos fuera; tal vez nos espíen yá. En vuestra casa os quedais. Yo á Manrique buscaré, y si le hallo, le diré que ya en libertad estais.

ELE. Llevadme á mi madre, si, por las penas del Señor.

AYA. Advierto eu vuestro temor que estais dudando de mi.

ELE. No, guiadme, que ya os sigo y en mi temor no os pareis.

AYA. Tal vez pronto os alegréis de haber huido conmigo. (Vanse.)

ESCENA II.

FERNANDO. Momento de silencio despues del que canta afuera.

Asómate á esa reja (cancion.) si en ese cuarto moras, que el dueño á quien adoras te espera ya, mi bien, para estrecharte amante en su pecho amoroso; y el llanto doloroso aleja de tu sien.

Sal, sal de esa morada de horror y luto eterno; huyamos de este infierno; busquemos un Edem. Lejos del mundo imbécil que es un mar borrascoso; y el llanto doloroso aleja de tu sien. (Entrando)

Nada se oye; todo en calma aquí se halla menos yo.

Mi voz tal vez no escuchó ese arcángel de mi alma.

Si no sale á mi cancion en el palacio entraré, y al mismo Rey le hundiré la espada en el corazon. Cobardes la arrebataron cuando todos me acosaban, y cuando se reliraban tras si la puerta cerraron.

Oigamos... pasos senti. (*Mirando á la izquierda do por donde se deja ver Doña Isabel.*)

ESCENA III.

FERNANDO, DOÑA ISABEL por la izquierda.

ISA. (Sin esperanza ninguna!)

(*cubierta con un velo.*)

FER. (Un hulto cruza en la luna,
y se dirije hácia aqui.
Maria!.. cielos!.. será
ó la finje mi ilusion)

ISA. (Contaré al Rey mi afliccion,
y el Rey justicia me hará)

FER. Señora?

ISA. (Esa voz!)

FER. No ois?

ISA. (*Mira á Fernando y se arroja en sus brazos.*)
Manrique!

FER. Señora mia! (*se descubren.*)

En tan desgraciado dia
hácia donde os dirigis?
Dónde os fuisteis á llorar
que en vano á Elena seguí,
y cuando á buscaros fui
no os pude ya encontrar?

ISA. Frenética he recorrido
la ciudad, sin que un consuelo
me haya deparado el cielo
hasta que aqui me ha traído.

FER. ¿Qué buscáis, desventurada,
de estos muros en redor?

ISA. Contar al Rey mi dolor,
y pedirle mi hija amada.
Porque él podrá los raptos
encontrar con su poder.

FER. No tendrá mucho que hacer
para hallar los robadores.
No sabe vuestro cuidado
donde por justicia vá.
Elena en palacio está,
y el Rey en quien la ha robado.

ISA. El Rey! Es posible!

FER. Si.

ISA. Hollar la ley!

FER. Ah! Señora,
No lo dudeis, porque ahora
los reyes obran así.
No hay leyes contra su antojo,
ni dique que los contenga,
y á la muerte se prevenga
el que cayere en su enojo.
Con razon ó sin razon,
qué en cuáles los medios sean
no reparan, como vean
satisfecha su pasion.

ISA. Hija mia! ¡Unico bien
que en el mundo me ha quedado!
¡Quien de un hijo me ha privado
me la arrebató tambien!

FER. Señora, decidme el nombre
de vuestro hijo, y no lloréis.

ISA. ¿Por qué, Manrique, queréis
que os le diga?

FER. No os asombre...

ISA. Ah! sería renovar
mi tormento.

FER. Tal vez yo
podré conocerle.

ISA. No!

No le volveré á abrazar!
FER. No hace veinte años hoy
que el cielo os pribó, Señora,
de su cariño, á esta hora? (*Doña Isabel hace
un movimiento de sorpresa.*)

Bastante prueba no os doy?
ISA. Quién os dijo, Manrique; esto?

FER. Acaso lo sé por él.
Vuestro nombre es Isabel
y el de Maria es supuesto. (*Vá creciendo la
agitacion y el interés de los dos.*)
El nombre de vuestro hijo
era Fernando.

ISA. Si! si!

FER. Diego el del padre, si aqui
no olvido lo que me dijo.

ISA. Le habeis conocido vos?
Es cierto?

FER. (Cielos es ella!
Al fin reluce mi estrella!)

ISA. Decidlo pronto, por Dios.
Ah! si, si, habládmelo de él.

FER. ¡Fuera tanta su alegria,
que el placer la mataría.
Hay delicia mas cruel?)

ISA. Esa agitacion...

FER. (Dios mio,
dadla valor!)

ISA. Qué teneis?

FER. En mi... Señora... no veis ..
(Corre en mis vevas un frio! ..
Mi cabeza es un bolcan! ..
Detenerme es imposible!)

ISA. De una desgracia terrible
indicios claros me dán
vuestra pena, el mirar fijo.

FER. No .. Señora... no temais ..
En mi rostro .. no mirais...
Las señas... de .. vuestro... hijo! (*Arrojándose
se en los brazos de doña Isabel.*)

ISA. Hijo mio!
(*Echándose en los brazos de Fernando.*)

FER. En vuestro amor
estrechadme, madre mia,
que no diera esta alegria
por cuanto creó el Señor.
Ya no es, Enrique, un amante
la que te voy á pedir;
hermana es, y has de morir
ó me la dás al instante.
Y ay! de ti si por tu mal
impuro las has ultrajado,
que por Dios crucificado
te hundo en el pecho un puñal.

ISA. Hijo mio! (*volviéndote á abrazar.*)

FER. Madre mia,
estrechadme en vuestro pecho!
Es el mio tan estrecho!
No cabe en él la alegria.
El placer que derramas
en mis venas es inmenso,
y vos, madre mia, pienso
que con él os estaisia.
Ah! veinte años sin poder
gozar de tanta ventura.
Veinte años de amargura
muy terribles deben ser.
Yo al menos era muy niño

y tal vez os olvidé;
mas despues os consagré
multiplicado el cariño.
Contemplaba este lunar (*alzándose la melena*
y enseñando un lunar detrás de la mejilla.)
que á conocer me daria,
y que no le cambiaria
por los tesoros del mar.

ISA. (*Mirando al lunar.*) Dios mio, gracias os doy,
que desde ese inmenso cielo
me enviáis este consuelo
y á mi hijo abrazo hoy.
Mas como en Segovia te hallas
cuando el Rey le desterró?

FER. Contra Castilla lidió
mi padre en treinta batallas,
y arrepentido al morir
de haber contra ella lidiado,
un juramento sagrado
me hubo, madre, de exigir.
A Castilla volverás,
me dijo, y de cuantos modos
sea, el trono de los Godos
en su Rey defenderás.
Con falso nombre llegué,
el que aun goardo, Señora,
porque descubrirme ahora
ni acaso jamás podré.
Me dijo tambien que aqui
sin duda os encontraría,
por el nombre de Maria,
Señora, no os conocí.
Recelaba descubrirme,
y así mi historia callé;
mas ya, madre, os encontré, (*se abrazan.*)
que el cielo quiso servirme...
Cubrios .. alguien se acerca (*se oye ruido*)
á este sitio segun veo.

(*Mira hácia la derecha*)

Pronto y silencio, (*se cubren.*) que creo
que le tenemos muy cerca.

ESCENA IV.

EL REY, DON BELTRAN, GUARDIAS; FERNANDO, DOÑA
ISABEL. *Despues se retiran los guardias y don Bel-*
tran, y vuelven á salir al fin de la escena.

REY. Aguardad, Beltran, ahí,
que hácia allá ruido se oyó;
y hasta que no llame yo
ninguno se acerque aqui. (*don Beltran y los*
guardias se retiran.)

FER. Quién vá?

REY. Diga quien es él.
(*siempre embozado.*)

FER. Quien os manda retirar
por vuestro bien, y callar.

REY. (*se vá acercando*) Sois muy apuesto, doncel,
(*con mofa*)
segun el valor mostráis.

Muy valiente á lo que infiero.

FER. Y os lo probará mi acero
si otro paso hácia mi dais.

ISA. Fernando! (*bajo.*)

FER. (*lo mismo*) Callad.

REY. (Es el!a')

Estais mal acompañado
para reñir despejado,
porque es estorbo una bella,

FER. De mofa venis, y estoy
que habeis de parar muy mal.

ISA. (*bajo*) Vamos de aqui.

REY. Hablais formal?

FER. (*Ya incomodándose voy.*)
No me insulteis, vive Cristo!
que mi paciencia se apura.
Seguid á vuestra aventura,
y callad lo que habeis visto.

REY. Estoy en que esta ha de ser
la aventura que buscaba.

FER. (*Ya mi paciencia se acaba.*)

REY. Vengo por esa mujer
que habeis robado en palacio.

FER. Como un villano mentis.

REY. Mirad como os producís.

FER. Y habládme vos mas espacio;
que sino atais esa lengua
y haceis que mas cuerda esté,
por Dios vivo, que yo haré
que no habeis con tanta mengua.

REY. Valiente, donzel, habláis
siendo en palacio ladrón.

FER. Y vos con poca atencion
defensor del Rey estais;
él es quien, sin respetar
el honor, ni á Dios temer,
de su casa á una muger
osó imprudente robar;
y sin respeto á la ley
en su palacio la guarda,
accion infame y bastarda
indigna de todo un Rey.
Y esta muger que aqui está,
por él en dolor sumida,
me pertenece en la vida
y nadie la tocará,
porque á mi, despues que á Dios
con su corazon me adora...
Bien; decidme vos ahora (*con intencion.*)
quién es ladrón de los dos?

REY. insensato, ¿hablais así
de vuestro Rey?

FER. Y aunque fuera,
á él mismo se lo dijera
como me lo ois aqui.

REY. Sois un villano, un traidor;
lo dicen vuestras acciones.

FER. Abreviemos de razones, (*sacando la espada.*)
y obrad, si teneis valor.

REY. Guardad, infame, ese acero
que osais ante mi sacar,
cuando debierais temblar.

FER. Que sois un cobarde infiero, (*yendo al Rey.*)
y como tal morireis.

REY. Hiere, insensato. (*descubriéndose.*)

ISA. Dios mio! (*Vá á detener á Fernando cuando el*
Rey se descubre.)

FER. El Rey! (*se para.*)

REY. Desarmé su brío.

FER. Bien, me alegro, y me oireis.

(*Despues de un momento de pausa.*)

Aqui no bay mas que dos hombres,
y un Rey que los mira; Dios.

(*señalando al cielo.*)

Quién soy, no os importa á vos,
que lo menos son dos nombres.

Sé que en palacio guardais
una jóven inocente,

que habeis robado imprudente
y hollar su honor intentais.

Y, ó aqui habeis de jurar
que hoy mismo me la dareis,
ó vive Dios! que vereis
cómo reyes sé matar.

REV. Os engaña el corazon,
porque no sabreis hacello.

FER. Y mirad que para ello
me acompaña la razon.

REV. Que os falta ahora, comprendo,
segun como os producis.

FER. O lo jurais, ó moris,
que mas razones no entiendo.

REV. Temerario! ¿Osais hablar
con el Rey de esa manera?

FER. Miente esa lengua embustera
que tal osa pronunciar.

Vos el Rey? Mentis! El nombre
teneis de ello y nada mas.

ISA. Fernando! (*cojiéndote*)

REV. Esto es por demás.

Mis guardias? prended á ese hombre.

(*Salen los guardias.*)

FER. (Cobarde!)

ISA. Ah! Señor piedad! (*á los pies del Rey.*)

FER. Alzad del suelo, qué haceis?

(*alzándola con ira.*)

REV. Imprudente, morireis.

Mis guardias, pronto.

FER. (*batiéndose.*) Temblad!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Salon réjio distinto de el del segundo acto; puerta en el foro.)

ESCENA PRIMERA.

FERNAN, DOÑA ISABEL, *cubierta; despues doña Isabel sola.*)

FERNAN. Aguardad aqui, Señora,
que el Rey asi lo ha mandado.
Desechad todo cuidado,
porque el monarca os adora.
No tarde acaso en venir,
y entonces podreis hablarle,
y vuestros males contarle,
que yo nada os puedo oir. (*vase.*)

ISA. ¡Qué mansion es ésta, cielos,
(*Descubriéndose y mirándose en torno suyo.*)
donde todo es misterioso

y terrible?

El Rey por mi hija celos?

Oh! que idea, Dios piadoso,
tan horrible!

Tal vez no lejos de aqui
llora su infeliz ventura
la cuitada;

tal vez me oyera, ay de mí!
á no estar en la amargura
sepultada.

Cerca de ella, y no poder
en su'alba frente imprimir
beso tierno!

Hay mas crudo padecer?

Hay mas terrible morir?

Mas infierno?

Virgen santa, perdonadme (*arrodillándose.*)
si en mi desventura, á Dios

he injuriado,
fuerzas, ó virgen, prestadme,
que siempre las he de vos
esperado.

Madre del verbo divino,
si, dadme alivio en mi suerte
infortunada,
si en el libro del destino

no tengo escrita una inerte
desgraciada.

Nadie escucha mis clamores;
todos cierran, como vistes,
los oidos.

A vos, madre de dolores,
invoco, madre de tristes
y aflijidos.

Por cuanto sufristeis vos
al mirar crucificado
y sin vida

al hijo eterno de Dios.

Pe su divino costado,
por la herida,

Volvedme á mi hijo, Señora,

y á mi hija idolatrada,
mi consuelo.

Por una madre que llora
infeliz, desventurada
pedid al cielo!

ESCENA II.

EL REY, DOÑA ISABEL.

ISA. Ah! (*alzándose y viendo al Rey se cubre y dá un grito.*)

REV. Por fin, Elena, estais
en mi poder otra vez,
y no os marchareis, pardiéz,
por mas que para ello hagais.

Blasonabais de virtud, (*con mofa.*)
y de palacio saliendo

vais con un jóven buyendo
á favor de escasa luz?

Y bubierais á fé querido (*con risa burlona.*)
que la Luna oscureciera.

ISA. ¡Quién en todo un Rey creyera
lenguaje tan corrompido!

REV. Mas ya os lengo en mi poder,
y aqui os vuelvo á recordar;
el que ó vos me habeis de amar
ó morir le habeis de ver.

ISA. Piedad!

ESCENA III.

FERNANDO, EL REY, DOÑA ISABEL.

FER. (*dentro.*) Morireis, tiranos,
(*se oye ruido de espadas.*)

si paso no me dejais;
cuantos esfuerzos hagais
por detenerme, son vanos.

(*Entra con espada en mano.*)

ISA. Ah! mi...

FER. Silencio, Señora. (*La tapa la boca.*)

Al fin estoy, vive Dios! (*al Rey.*)

Enrique, enfrente de vos
otra vez.

REV. ¿Qué alma traidora (*colérico.*)

en libertad os dejó?

(Oh! rabia!)

FER. No temais nada de traicion. Solo mi espada hasta aqui paso me abrió.

REY. Temerario! Osais así?..

FER. Venir resuelto á llevar lo que me habeis de entregar ó habré de morir aqui.

REY. Pues morirás.

FER. Está bien. (Con calma y mirando al Rey con desprecio.)

ISA. Dios mio!

REY. Qué es de mi gente? (colérico.)

FER. No es en verdad muy valiente, (con mofa.) y buyeron no sé por quién. Con dos solos me dejaron porque débil me creyeron; mas pronto se convencieron de que mucho se engañaron.

REY. Mis guardias? (yendo á la puerta.)

FER. Si otra vez dais (poniéndose entre la puerta y el Rey.)

un solo grito, moris.

REY. Eso al Rey, y aun vivis? (colérico) Demás atrevido estais.

ISA. Hijo mio!

FER. Qué habeis hecho? (á doña Isabel.)

REY. (Su hijo!) Ah! pretendéis engañar...

ISA. No le mateis! (descubriéndose.)

Soy su madre; herid mi pecho antes que á él. Perdonad el fuego de su pasion.

REY. (Hay mas grande confusion! (Mirándola.)

Y Elena?)

ISA. Señor, piedad!

FER. Señora! (con enojo.)

ESCENA IV.

ELENA, entra precipitadamente, los mismos.

ISA. Ah! (viendo á Elena y arrojándose en sus brazos.)

ELE. Madre mia!

FER. Elena!

ELE. Manrique!

REY. (con el mayor asombro y cólera, desde el principio de la escena.)

(Cielos

estoy rabiando de celos.)

FER. Abrázame, hermana mia.

ELE. Hermana tuya?

(entre sorpresa y sentimiento.)

FER. Sí, hermosa. (abrazándola.)

ISA. Tu hermano es.

FER. ¿Has sentido perder en mí á tu querido?

ELE. (después de una pausa, se echa en los brazos de Fernando.)

Tal vez seré mas dichosa, porque un hermano, olvidar no puede nunca á su hermana. Abrázame.

REY. (Dicha vana que yo la sabré cortar.

Ya el enredo comprendi con que piensan engañarme.)

FER. Podeis, Enrique, envidiarme (abrazando á Doña Isabel y á Elena.)

el placer que gozo aqui, que soy superior á vos en este feliz momento.

REY. Yo romperé ese contento.

FER. Ah! no podeis mas que Dios. (con gozo.)

REY. ¡Ni uno tan solo venir (con la mayor impaciencia)

de mis guardias!

(presta atencion á lo que dice Elena.)

FER. Dó has estado? (á Elena.)

ELE. De Ayala por el cuidado pude de palacio huir. Llevóme á casa, y la hallé desierta. Volvió á buscarme Ayala, y no pudo hallarte: mas con la noticia fué de que el Rey te habia prendido con una mujer, creí fuera mi madre, y sali, y en busca de ella he venido, mientras Ayala salió...

FER. Y tú á Ayala conocias?

ELE. No, jamás le vi en mis dias hasta que aqui me encontré.

FER. En todo prueba has de dar de tu honor, jóven valiente!

REY. (Oh! rabia! De ese imprudente también me sabré vengar!)

ESCENA V.

GUARDIAS, LOS MISMOS. Despues se vé á Ayala que aparece por entre los guardias, cubierto como salió en el tercer acto.

GUAR. Por aqui. (dentro.)

REY. (Mis guardias sieuto.)

ELE. Y ISA. Dios mio!

FER. Su tropa es. (manoseando la espada y el puñal.)

Bien; moriremos los tres.

(Mirando á doña Isabel y á Elena.)

REY. Ahora gozo en tu tormento.

FER. Os engañais si es que en mí habeis tormento creído.

(entran los guardias.)

GUAR. 1.º Perdonad... hemos venido tras ese hombre hasta aqui.

ELE. Piedad, Señor, es mi hermano. (á los pies del Rey.)

FER. Elena! (colérico.)

ISA. Y ELE.

Piedad! piedad!

FER. (Vive Dios!) Del suelo alzado. (Atzándolas.)

(Ah! rogar así á un tirano!)

REY. Bien; habré piedad, Elena, mas yá á qué precio sabeis.

FER. No; que quien soy oireis porque abrevieis mi condena, que por Cristo he de morir como quien soy, pese á vos, que sin honor, voto á brios, no quiero jamás vivir. Cuarto Enrique, ¿habeis memoria del Conde de Castro?

REY. No. Traidores no acuerdo yo.

FER. Respetad algo su historia. (Dá un paso hacia el Rey y manosea violentamente el puñal.)

REY. Acabad, que harla paciencia tengo ya.

FER. Pues bien; murió:
y á su hijo le mandó,
que, en alivio á su conciencia,
á Castilla regresase
y defendiese su trono,
desechando todo encono
que contra su Rey guardase.
Si el hijo lo hizo, cumplió
con su deber nada mas.

Y... *(Se adelanta hácia el Rey y de repente se para como detenido por otra idea.)*

*(Ah! no diré jamás,
por mi vida, que soy yo,
porque tal vez pensaria
que era no mas por salvarme.)*

REY ¿Y eso que acabais de hablarme,
con quien sois, qué ver tenia?
Mis guardias, á él.

AYA. *(Saliedo por entre los guardias y descubriéndose)*

Delencos!

REY. Insensalo! Tambien vos?

AYA. Oidme un rato por Dios,
que no andaré con rodeos.
Ya sabeis que arrepentido
don Diego de Sandoval
de haber, Señor, por su mal
contra Castilla servido,
á su hijo le mandó
que á Castilla defendiera;
y alistado en su bandera
contra los moros lidió.
Si luego ha vuelto á lidiar
por vos, al hombre esforzado
(señalando á Fernando.)
que esta noche os ha librado
se lo podeis preguntar.

REY. ¿Por mi desterrado, oiais *(á Fernando)*
en mi corte introduciros?

FER. Escusado es el deciros
que en vano el tiempo gastais.
De vos ni la vida quiero;
y ese amor no saciareis,
que primero la vereis
traspasada por mi acero.

ELE. Ah!
(Cae desmayada en los brazos de Fernando.)

REY. Mis guardias.

FER. Si hacia aqui *(saca el puñal y amenaza herirla con él, los Guardias se detienen.)*

dar un paso mas osáis,
en su cadáver pisáis
antes de llegar á mi.

REY. *(Yo su verdugo y tan bella!)*

ISA. Piedad, piedad, santos cielos!
(cae urrodillada.)

REY. *(Mas como sufrir mis celos!)*

FER. En mi ese poder se estrelló,
Rey Enrique, mal que os pese.

REY. Caiga sobre él mi furor!

BEL. Deteneos. *(al Rey)* Ah Señor,
(á los Guardias.)

ese enojo incauto cese;
y perdonadme que así
vuestra orden haya impedido,
pues que tan solo he venido
á pedir por él aqui.

REY. Tambien quereis provocar
nuestro enojo contra vos.

ISA. Calmad su ira por Dios!

BEL. En él podeis esperar *(alzándola.)*

Ignoro, Señor, porque *(al rey)*

á esa jóven apreciáis,
mas si intento me escuchais
vuestro enojo calmaré.

Me es su historia conocida

aunque cauto la calló,

y sé que á algunos libró

contra los moros la vida;

que fiel al reino, ha velado

vuestra existencia, Señor,

y su incesante valor

será por vos mal premiado?

Su hermana y su triste madre

no tienen otro consuelo,

desde que se sirvió el cielo

quitar la vida á su padre.

Sé vuestra historia, cual veis, *(á Fernando)*

pero jóven no os asombre,

que sé tambien vuestro nombre

aunque cauto lo calléis.

FER. No por ser un criminal.

Mi nombre callé hasta hoy;

y ya sabe el Rey que soy

Fernando de Sandoval.

REY. *(Y he de ver á un fiel vasallo*

por un torpe amor perdido?)

BEL. Mas de lo que habeis oido

es monarca, lo que callo.

¿Y qué razon puede haber,

señor, para tanto enojo?

Acaso un pueril antojo

os hace inhumano ser?

Cuando un Rey no obra prudente,

de sus vasallos qué espera?

REY. *(Oh! salga esta pasion fuera!)*

(oprimiéndose el pecho.)

AYA. Os llaman, Señor, clemente.

Piedad!

REY. *(Y no lo seré?)*

Una pasion nada mas

ha de avasallarme así,

quando clemente nací?..

Rey Enrique, no, jamás!

Sandoval, vuestro Rey soy,

y pues valiente os miré,

llegad á mi, que seré

vuestro padre desde hoy.

(abriéndole los brazos.)

FER. Señor! *(besando la mano al Rey.)*

REY. Elena dará

su mano á quien sabrá darla

estimacion y adorarla,

y el Rey padrino será.

Sois como inocente, hermosa,

y no os daré boda mala;

llegad, don Lope de Ayala,

dad la mano á vuestra esposa.

AYA. Tanta bondad! *(arrodiándose.)*

ELE. ISA. Y FER. Ah! Señor!

REY. Alzad, que al fin debe un Rey

respetar antes la ley

que satisfacer su amor.

FIN DEL DRAMA.

Madrid: 1852. Lalama.—Duque de Alba. 15.

Handwritten text on the left page, appearing as bleed-through from the reverse side. The text is mostly illegible due to fading and bleed-through.

Handwritten text on the right page, appearing as bleed-through from the reverse side. The text is mostly illegible due to fading and bleed-through.